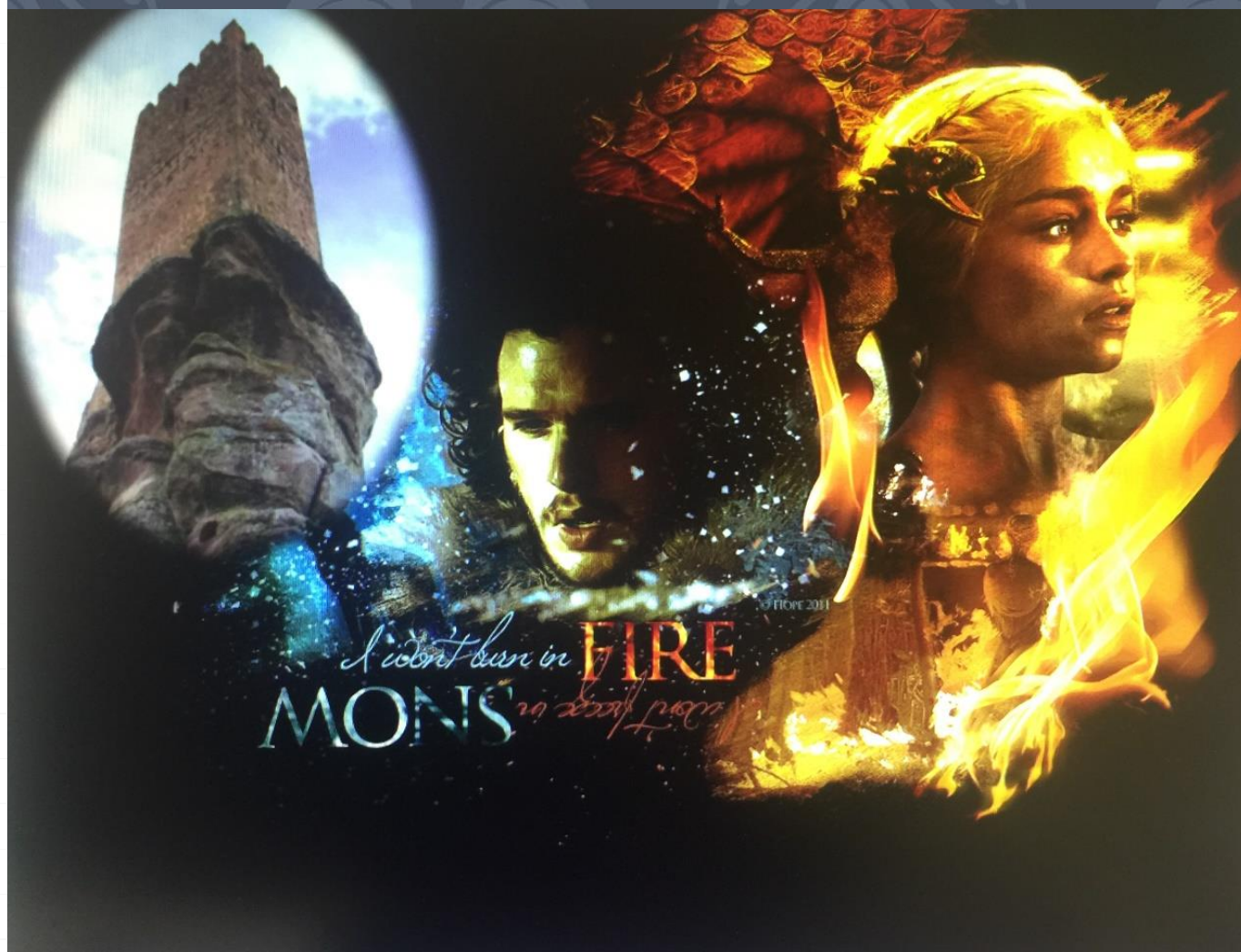


## DRAMA DE AMOR EN EL CASTILLO DE ZAFRA



*¡Quién me iba a decir que algún día este formidable castillo, tan frecuentado durante mi infancia campillana llegaría a convertirse en la Torre de la Alegría! ¿Cómo podíamos soñar los muchachos de entonces que nuestro compañero de juegos Jesús Casado, ya fallecido, iba a ser el "alarife" que reconstruyera y restaurara el arruinado Castillo de Zafra, hasta hacerle recuperar la prestancia y gallardía que ahora tiene? Gracias, Jesús, porque tú has sido gestor, casi ignorado, de esta maravilla que ahora luce se exhibe ante millones de espectadores para propalar el nombre de nuestro pueblito querido, Campillo de Dueñas, hacia los cuatro puntos cardinales del ancho mundo. Y mucho menos podía yo sospechar que mi madre, D. Mariano Delgado, que tenía sus visos de poeta, fuera casi un adivino, de lo que ha filmado recientemente la serie Juego de Tronos, cuando compuso un largo poema - que conservo - a la memoria de un romance de amor ocurrido durante la época en que las luchas fronterizas entre moros y cristianos, tenía como marco el castillo de Zafra. En fin un sueño de niño que se ha hecho realidad virtual, para mí. Francisco Javier Delgado Calvo"*

# LEYENDA

## I

### EL CASTILLO DE ZAFRA, EN LA DIVISORIA DE AGUAS ENTRE EL TAJO Y EL EBRO

En una suave ladera  
de la divisoria de aguas,  
de dos ríos de primera,  
que Tajo y Ebro se llaman,  
como un navío de piedra  
arenisca, se levanta  
la roca donde se asienta,  
esbelto, el castillo de Zafra.

Está plantado a la sombra  
de la Sierra que lo nombra  
que, a un lado, da hacia Aragón  
y al otro, a Castilla asoma.  
¡Oh, qué buena posición!

Larga y anchurosa vega  
se extiende, alegre, a sus plantas,  
rebotante de verdes,  
cual una alfombra esmeralda.

Pregonan lenguas de historia  
que, entre todos los de España,  
fue siempre invicto y roquero,  
en numerosas batallas.

“Lo hermocean ajimeces,  
lo abraza la barbacana,  
lo respuncean almenas,  
lo embellecen albarranas,  
lo reafirman los cubos,  
lo preservan las murallas,  
lo ambicionan los cristianos,  
lo defienden cimitarras”.

Quinientas crines se agitan  
en sus cuadras subterráneas,  
que son las de los caballos,  
que allí engordan y se sacian  
y hacen trepidar La Vega,  
cuando, a diario, se ensayan  
para acciones belicosas  
contra mesnadas cristianas.  
Quinientas lanzas,  
que al viento se afilan,  
cuando, con furor, atacan.

(Tiempo y desidia abatieron  
sus altivas atalayas,  
que otrora las admiraron  
todos los que lo miraban.)

## EL TORNEO

### ZULIMA SE PRENDA DE UN CABALLERO ARAGONÉS

De orgullo revienta el pecho  
del moro que allí moraba.  
La mora que lo enamora,  
muere de amor y nostalgia,  
y ambos-venturosos padres-  
tienen puestos ojos y almas  
en Zulima, flor de loto,  
mayos veinte, esbelta caña  
de bambú, cuando se ondula  
al ejecutar sus danzas.

Abengalbón, orgulloso  
padre de Zulima, hermosa,  
ha querido que su rosa  
viva un día venturoso  
en sus veinte años dichosos.  
Y, orillando sus rencillas  
con los cristianos vecinos  
de Aragón, a sus orillas,  
pregona por los caminos  
esta y otras maravillas:

*“Grandes fiestas y torneos  
en La Vega habrán lugar  
con promesas de trofeos  
para colmar los deseos  
de los que logren triunfar”.*

Infanzones de Aragón  
que campan por Gallocanta  
acudieron al pregón  
que proclamó la proclama  
del muslime Abengalbón.  
De entre la flor y la nata  
de sus recios caballeros,  
un centenar se destaca  
en lucida cabalgata  
sobre alazanes troteros.

Cuando comienzan las fiestas  
de esta feliz onomástica,  
amarillos cronicones  
con exactitud la enmarcan:

*“Tres de mayo, mil doscientos,  
cielo turquí, sol de gala;  
marca un cuadrante, en el muro,  
las nueve de la mañana”.*

Hieren el aire, clarines.  
Coronan torres, banderas.  
En el arzón, banderines,  
ostentan los paladines,  
ensayando sus carreras.

La Vega es clamor de flores,  
exultante de verdor  
y de encendidos fervores  
de adalides y amadores  
tras la fama y el honor.

Damascos y sedas finas  
engalanan las tribunas  
donde hay voces cristalinas  
y cruces y medias lunas  
adornando las cortinas.

La morisma y cristiandad  
-fieras lanzas y gumías-  
si en la guerra son arpías,  
en justas son amistad  
y espejo de gallardía.

Ambas pugnan por dejar  
altas sus propias banderas  
cansadas de tremolar,  
en incesante luchar,  
sin humillar sus cimeras.

En las tiendas afincadas  
-lujuria de baldaquines-  
las damas bien ataviadas  
apuestan por paladines,  
que las tienen cautivadas,  
con sus guiños y mohines.

Ciegan los vivos destellos  
de bruñidas armaduras.  
De grupas, lomos y cuellos,  
penden adornos muy bellos  
con soberbias curvaturas.

Barras de Aragón campean  
en los escudos cristianos.  
Las medias lunas pasean  
pendones mahometanos  
que en nombre de Alá pelean.

Largo aviso de clarín,  
(tesoro de vibraciones),  
un coro de ecos sin fin  
propaga, por torreones  
y los cerros del confín.

Comienzan los desafíos,  
se impacientan los trotones,  
atruenan los voceríos  
y de lágrimas a ríos  
se desaguan emociones.

De entre tanto caballero  
de acrisolado blasón,  
causa pavor el acero  
de un infante de Aragón  
por su mandoble certero.

Cuatro retos ha lanzado,  
a otros tantos adalides  
rivales, ha derribado;  
pues es famoso en las lides  
y en el amor agraciado.

Zulima, la bien plantada,  
que no apartaba los ojos  
de lanza tan esforzada,  
lo mira ya sin antojos,  
soñando en ser bien amada.

Y se confirma su anhelo,  
cuando como águila en vuelo,  
el de Aragón se aproxima,  
como quien se acerca al cielo,  
a la tienda de Zulima,  
para cortar una estrella  
y prenderla en el arzón  
y requebrarse con ella  
al trote de su trotón  
veloz como una centella.

Ya, con voz susurradora,  
le dice:

*-No he visto aurora de mayo,  
al despuntar la mañana,  
como la que veo ahora,  
en vuestros ojos, sultana.  
Quisiera, si ser pudiera,*

*que el lucero de esa cara  
siempre para mi luciera,  
y, en noches de luna clara,  
mi deseo se cumpliera.*

Zulima, muy recatada,  
sin disimular su amor,  
le dice, con voz pausada:  
*-Señor, mirad mi temblor  
y adivinaréis por él  
que aún es virgen mi vergel,  
en los azares de Amor.*

*Si soy botón de clavel  
para vos, mi paladín,  
os diré, con gran secreto,  
que al pie de una roca hendida,  
allá detrás del jardín,  
al borde de un vericuetto,  
hay una fuente escondida,  
que llaman la Fuenbellida.*

*Para encontrarnos en ella,  
burlaré yo a un centinela  
que, en vigilancia oportuna,  
hace rigurosa vela,  
y colmaré mi fortuna  
si vos su amor me revela  
en noches de clara luna.*

## JURAMENTO DEL ARAGONÉS

### FIN DE FIESTA ACABA EL TORNEO

Zulima, entonces calló...  
Noble, el de Aragón, le jura:

*-En noches de luna clara,  
por demostrar mi locura,  
iré a la Fuentebellida  
a declararte mi amor,  
aún arriesgando mi vida.*

Y La Vega enmudeció,  
pasmada ante aquel amor  
que jamás se había visto.  
Y el castillo se quedó  
petrificado en su risco.

En cerrados escuadrones,  
desfilaron las cimeras,  
callaron los corazones;  
se alejaron los pendones,  
saludaron las banderas.

### CITAS DE AMOR EN NOCHES DE CLARA LUNA

En noches de luna clara  
la sierra se estremecía,  
bajo las firmes pisadas  
de caballos que corrían;  
son sus cascos charolados,  
mejores no los había,  
además de bien “ferrados”.

De la luna a los fulgores  
se adivina al de Aragón  
con cuatro de sus mejores  
que le dan su protección.

Ganan la sierra de Zafra, l  
a coronan y descienden  
por trochas de la otra falda  
donde el castillo se abriga  
y es la cárcel de Zulima.

Ella que ha visto  
volar a las mariposas,  
con libertad y a capricho,  
columpiarse entre las rosas;  
y a la celosa torcaz, en veloz revoloteo  
sobre el roble montaraz;

o al gárrulo perdigón,  
entonando en el berrueco  
el cántico de su amor...  
está ahora prisionera  
en dorados campaniles  
cuando apenas ha cumplido  
sus primeros veinte abrilés,  
porque ha sido atravesada,  
en su corazón de mora,  
con una flecha cristiana.

Todo le sabe a prisión,  
todo placer a cadena,  
el castillo es un bastión,  
con sus muros opresores  
y corredores sombríos  
que le comen los colores.

Ya no hay bailes cadenciosos,  
ni timbrados añafiles,  
ni cánticos armoniosos;  
ni brillos de los joyeros,  
ni solaz con las esclavas,  
ni amores con caballeros;  
ni cojines de oro y seda

en otomanas de ensueño,  
ni nada que la entretenga.

Sólo le alegran la vida  
sus escapadas furtivas  
al pie de la roca hendida  
do brota la Fuenbellida.

Son vuelos de mariposa  
que bajo un manto de estrellas  
van a posarse a una rosa.

Le hacen sentirse torcaz,  
libélula o golondrina  
para cantar y volar.

Son eslabones divinos  
de la cadena sutil

de un amor correspondido,  
que, si libera del muro,  
por otra parte encadena  
como si fuera otro yugo:  
recelos que son desvelos  
celos que son gusanillo  
roedor para encenderlos;  
zozobras, sendas oscuras,  
agridulces desazones  
ausencias que son muy duras.

Además siempre le asusta  
una sutil asechanza:  
Es un cristiano su amante,  
y ella es mahometana.  
Es un abismo insondable  
aquello que los separa.

SOSPECHAS DE ABENGALBÓN  
DESCUBREN LAS ESCAPADAS DE ZULEMA  
EL INFANTE ARGONÉS  
PRISIONERO Y EJECUTADO

Los centinelas eunucos  
han observado, a escondidas,  
los movimientos nocturnos  
de sombras indefinidas.  
Por otra parte, sospechan  
que Zulima, alguna noche,  
en sus idas y venidas,  
más allá de la muralla,  
ha llevado sus salidas.

Enterado Abengalbón  
de semejantes manejos  
supone, no sin razón,  
que Cupido anda por medio:

Monta la guardia en las cimas  
y se acotan las veredas  
que van a la Fuenbellida...

Y una noche... Noche aciaga  
sorprenden, en pleno idilio,  
a Zulima enamorada...

Cautivan a D. Fernando.  
(pues así es como llamaban  
al infante aragonés)  
y al castillo lo llevaban.

Cuando Abengalbón lo viera  
en cólera remontando,  
que del pecho le saliera,  
al doncel de amores lleno  
colgó en la horca, sin freno,  
en noche de luna clara.

ZULIMA ENLOQUECE DE DOLOR  
POR LA MUERTE DE D. FERNANDO

Todo es duelo y aflicción:  
Callaron los añfiles  
ya no ondean las banderas  
se acabaron los desfiles  
quedaron mudas las lenguas.

Sobre el castillo de Zafra  
se cierne un águila negra  
que esparce sobre sus torres  
augurios de horas siniestras.

Las estancias son mazmorras  
donde un espectro aletea  
que es de muerte acusadora  
de crueldad y fiereza.

Cualquier rincón es oprobio  
para Zulima la bella.  
Todo el castillo es su fosa,  
horca, cuchillo, cadena...

Macabra sombra la sigue,  
la acosa, la tiene presa  
en permanente extravío  
que la llena de tristeza.

Le huyen el sueño y ensueños,  
aborrece las zalemas,  
detesta la compañía,  
escupe a los centinelas.

Desprecia a las odaliscas  
que en agradarle se esmeran,  
le enfurecen los espejos  
que tan hosca la reflejan.

Y siembra el sombrío alcazar  
de pánico, horror, tristeza...  
como una bruja maldita,  
como fantasma de piedra.

La que fue oveja sumisa  
a la paterna tutela  
y gacela temerosa,  
ejemplar en la obediencia,  
ha roto, con osadía  
y furia de herida fiera,  
toda ordenanza y mesura  
que a la razón se sujeta.

Sin temor ni sobresalto  
que en su obsesión la detengan,  
desafiando la guardia,  
y ganando la poterna,  
sus excursiones nocturnas  
a la fuente de la piedra,  
en noches de clara luna,  
son alivio de su pena.

Su padre finge paciencia,  
ansiando su curación,  
concediéndole indulgencia,  
otorgando su perdón...

Tardía luz, vano empeño,  
que enciende más su torpeza  
y así, una noche tras otra,  
cuando la luna campea  
por el terso firmamento  
de rutilantes estrellas,  
sin sueños de mariposas,  
más que ingrávida libélula  
que acaricia bellas nupcias,  
como espectro de alma en pena,  
acude a la cita, donde  
Fernando le prometiera  
desposarla, aún a repelo  
de que cristiana no fuera.



ZULIMA, ATRAPADA  
POR LA HELADA MANO DE LA MUERTE

La torre del homenaje  
(atrevido mirador  
perforado de ajimeces)  
grita al viento su dolor.

Hay banderas encintadas  
con luctuoso crespón  
coronando las almenas,  
donde avizora el azor.

La muerte ronda sus muros,  
desde el día en que murió  
el infante aragonés,  
a manos de Abengalbón  
(fiero chacal berebere)  
por un delito de amor.

Hasta que una negra noche  
en el alcázar entró  
empuñando su guadaña  
y, con fuerza, se agarró  
a la mano agonizante

que Zulima le ofreció,  
gravemente lacerada  
por las penas del amor.

En el alfeizar de jaspe,  
tan bello que era un primor,  
sobre el que en horas felices  
su virgen seno apoyó,  
antes de ser arrastrada  
al abismo aterrador,  
Zulima, la bienamada,  
este epitafio escribió:

POR AMARME A LO VALIENTE,  
NOBLE PECHO DE ARAGÓN, ON  
LEALTAD Y FIRMEZA,  
ODIO FERROZ TE MATÓ.

A ESTA BRUNA FLOR DE LOTO  
QUE SE PRENDÓ DE TU AMOR,  
POR AMARTE HASTA LA MUERTE,  
LA MUERTE SE LA LLEVÓ.

DE SIGLO EN SIGLO LAS VOCES...

De siglo en siglo, las voces,  
de una tradición muy viva,  
esta leyenda de amores,  
al pie de una roca hendida,  
cabe el castillo de Zafra,  
han dejado transmitida.

Los gañanes y pastores  
que, si la sed les obliga,  
o por calmar sus ardores,  
vienen a la roca hendida,

afirman que, a los fulgores  
de la clara luna estiva,  
han visto a la hermosa mora  
llorando en la Fuenbellida.

Mariano Delgado  
Del 22 al 27 de febrero de 1983  
Moncada. (Valencia)